

ARTÍCULO ORIGINAL

Olvidar el Quijote, salvar el Quijote. Lecturas y reescrituras de Jorge Luis Borges y Pierre Menard

To forget Don Quixote, to save Don Quixote. Reading and re-readings by Jorge Luis Borges and Pierre Menard

Adriana López Labourdette

Universidad de Berna, Suiza.

RESUMEN

El *Quijote* está íntimamente ligado a las lecturas y escrituras de Borges, a su concepción de canon literario y a las relaciones entre memoria y olvido, dos nociones clave para el entendimiento de la poética del autor argentino.

PALABRAS CLAVE: Miguel de Cervantes, canon literario, lectura, archivo.

ABSTRACT

Don Quixote is intimately tied to reading and writings of Jorge Luis Borges, at his conception about literary canon and at the relations between remembrance and forgetfulness, two important conceptions for the politic's understanding of the argentinian author.

KEYWORDS: Miguel de Cervantes, literary norm, reading, archive/file.

En un contexto como en el que nos encontramos, con el explícito propósito de celebrar la publicación de la Segunda parte del *Quijote*, repasando sus ecos y su constancia en América Latina y el Caribe, esta exhortación a olvidar el *Quijote* –que, advierto, no es mía, sino de Jorge Luis Borges– bien podría parecer una provocación. Una afrenta, casi, si no fuera porque toda proposición borgeana debe ser leída desde un marco a la vez extenso y particular: desde ese horizonte a partir del cual Borges, tan lúcido como provocador, piensa la literatura, sus valoraciones, sus interpretaciones y sus canonizaciones. Si el *Quijote* es –y a estas alturas no caben dudas– la obra paradigmáticamente canónica de la literatura en español, mejor indagar los modos en que Borges lee y, a través de Pierre Menard, recrea el *Quijote*, para acercarnos, aunque sea muy vagamente, a las nociones borgeanas de canon literario y a las relaciones entre memoria y olvido inherentes al canon. Esta propuesta de lectura, que podríamos calificar de lectura «a la contra», abre un universo de intelecciones y reescrituras en las que el *Quijote*, libro que trata ante todo sobre la ficción y los modos de leer o crear ficción, funge como vector esencial, como señalización, como indicador de caminos. Me gustaría, entonces, no tanto rastrear las huellas del *Quijote* en Borges –tarea como veremos difícil cuando se trata precisamente de obras y autores valorados por él–, sino seguir los caminos abiertos por un Borges que inventa Pierre Menard que inventa –y aquí no nos sirve la palabra reinventa– el Quijote que ha sido inventado por Alonso Quijano que ha sido inventado por Miguel de Cervantes. Creaciones cruzadas, ficciones cruzadas. Y además, como si el universo de lo creado no fuese suficiente, tenemos el universo de lo leído, de las lecturas: esas otras formas de

creación tan afines tanto a Pierre Menard como a Alonso Quijano, tanto a Jorge Luis Borges como a Miguel de Cervantes.

Las referencias a la obra cervantina en la producción borgeana son pocas y de un tono bajo, casi susurrante. Para Cervantes, y para su obra magna, nada de grandes alabanzas o sabiondos comentarios, sino más bien algo que podríamos llamar «una reticencia al elogio». Decía Borges hablando de Unamuno: «nada gana el *Quijote* con que lo refieran de nuevo, en estilo efusivo».¹ Reticencia también encontrada frente a muchos de sus autores más leídos y comentados: Carlyle, Edgar Allan Poe, Kafka, Dante, Joyce. Pero ahí están, en esa oblicuidad que es la elegía auténtica según Borges, siempre en el segundo lugar –los primeros, como sabemos, no corresponden a los amores más íntimos, a los secreta y apasionadamente anhelados–. El *Quijote* forma parte de ese vasto universo donde se entrecruzan la *Cábala* con el *Beowulf*, el *Martín Fierro* con las *Kenningar*, *Las mil y una noches* con el *Kubla Khan*, el *Corán* con *El proceso*. Que el nombre de Cervantes se desdibuje en los textos de Borges responde a esa tendencia a despegar los textos, los grandes textos literarios, de sus autores, de su origen, e incluso de su lengua. Aquello que Borges acuñara en la célebre frase «el hecho de que podamos leerlo y olvidar sus circunstancias». Así el *Quijote* se libera de Cervantes, cabalga solo o más bien acompañado de su infinidad de lectores, que al leerlo, lo escriben, lo vuelven a escribir. Uno de esos lectores, quizá el más conocido, es Pierre Menard que, como gran lector, inventa el *Quijote*, un idéntico *Quijote* (o más bien, algunos fragmentos) a aquel que escribiera Cervantes, casi cuatrocientos años después.

Probablemente, el cuento «Pierre Menard, autor del *Quijote*» es uno de los textos de Borges más citados y comentados, desde que en 1939 apareciera por primera vez en la revista *Sur*. Sintomáticamente, la hermenéutica literaria ha producido una impresionante variedad de interpretaciones, en algunos casos contradictorias. Lo cierto es que todo el relato puede ser leído como reflexión acerca de los valores del *Quijote*, pero también acerca del canon, sus mecanismos de selección y renovación. El suceso que motiva el texto –en el plano de la ficción– es la ausencia del autor y crítico Pierre Menard en una antología de su época, de modo que el relato funciona como proclamación de esa *injusticia* literaria a través de la verificación del valor real de este gran autor «excluido». A juicio del narrador y crítico lo errado de dicha exclusión puede verse en su obra *visible*, en un heterogéneo grupo de comentarios y notas críticas que la componen (que de alguna manera prevé la obsesión por las publicaciones, o por el número de publicaciones, de las universidades de hoy). Sin embargo, la evidencia más contundente del valor de su creación se hallará en la obra *invisible*, «subterránea», «heroica», «impar» e «inconclusa». La gran obra de Pierre Menard, la obra *invisible*, «tal vez la más significativa de nuestro tiempo», está compuesta por los capítulos noveno y trigésimo octavo de la Primera parte del *Quijote*, así como un fragmento del capítulo veintidós.

El primer aspecto relevante de esta argumentación –que como casi siempre en Borges invita a ser leída tanto en su referencialidad como en su ficcionalidad– es la contraposición entre obra visible y obra invisible. Resuenan aquí los ecos de aquella combinación de *ecclesia visibilis* y *ecclesia invisibilis* con la que Borges elogiara la labor de Evaristo Carriego, en uno de sus primeros libros.

En el fragmento de introducción y análisis a la poesía de Evaristo Carriego («Declaración»), aparecido en 1930, con revisiones posteriores en 1955 y 1974, encontramos una distinción que ilumina oblicuamente la valiosa labor del personaje Pierre Menard y lo que Borges desea para la persona Miguel de Cervantes. Allí Borges proponía la categoría de *ecclesia visibilis*, «cuyas instituciones piadosas [son] cursos de declamación, antologías, historias de la literatura

nacional», frente a la *ecclesia invisibilis*, «la más verdadera y reservada», «la dispersa comunidad de los justos». ² En este convencido elogio a Evaristo Carriego, que coincide con el del narrador y crítico literario dentro del cuento «Pierre Menard, autor del *Quijote*», Borges le augura a Carriego una larga permanencia en ambos espacios: en la versión estática y degradada del canon literario (lo visible) y en la versión dinámica de lo menor (la *ecclesia invisibilis*), cuyo gran porvenir descansa en la lectura, en la secreta cofradía de los lectores.

Por otra parte, como el título del cuento sugiere, se trata de la puesta en escena de una articulación narrativa de la particular posición borgeana frente a las relaciones entre autor y texto, entre autoría y autorización. El cuento pone en juego la ordenación de la literatura basada en la «técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas» que borronea la firma de autor, que hace que el texto supere la circunstancia. Desdibujada la firma y liberado el texto de *ese peso y ese pesar* que acompañan a los textos canónicos, este (el texto elegido) vuela libre, se acopla y desacopla en el vasto reino de la literatura:

Esta técnica de aplicación infinita [afirma el estudioso y defensor de la obra de Pierre Menard haciéndose eco de Borges] nos insta a recorrer la *Odisea* como si fuera posterior a la *Eneida* y el libro *Le jardin du Centaure* de Madame Henri Bachelier como si fuera de Madame Henri Bachelier. Esa técnica puebla de aventura los libros más calmosos. Atribuir a Louis Ferdinand Céline o a James Joyce la *Imitación de Cristo*, ¿no es una suficiente renovación de esos tenues avisos espirituales? ³

Volviendo al cuento que comentamos, valga insistir en que el proceso de creación de los fragmentos del *Quijote* escritos por Menard no equivale ni al plagio ni a la copia. Ellos han sido producidos en múltiples etapas de creación, fijadas en borradores y manuscritos, en verdad inexistentes –el propio Menard los ha destruido con cuidada diligencia–, pero aun así evidencias de una «producción propia»: «no se proponía copiarlo. Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran –palabra por palabra y línea por línea– con las de Miguel de Cervantes». ⁴

Evidentemente este cuento puede ser leído como crítica a una historia literaria organizada a partir de un avance o innovación constante, tomando como criterio rector la originalidad, los cambios definitivos, las herencias literarias y la representación cronológica de los espacios de ficción. Evidentemente, no es por azar que para este cuestionamiento Borges elija al *Quijote*, un libro que, como sabemos, imita, y a la vez agota y renueva, los modelos de los que parte. Paralelamente, podemos encontrar *otra* «subversión» igualmente significativa para la cuestión de la originalidad como criterio básico de la valoración y canonización de una obra o un autor: la relación entre novedad y olvido. Básicamente, lo que propongo ahora y pretendo demostrar en lo adelante es que si seguimos la borgeana noción panteísta y ecuménica de la literatura, todo ya está *en principio* escrito; la innovación –lo que hace Pierre Menard– solo es posible al olvidar ciertos textos. Así aquella parte de lo creado que no ha sido «salvado» por la canonización, aquello que ha sido excluido del gran panteón de la literatura universal, aquello que ha sido «olvidado», hace posible la (re)creación del texto, lo abre a una rescritura que no es otra cosa que lectura enriquecedora y placentera. Borges traza entonces los contornos de una *productividad del olvido*, la fuerza de lo menor, la potenciación literaria de lo descanonizado que, paradójicamente, mantiene el texto en la memoria. Es precisamente esta alternancia entre sacralización y profanación, entre canonización y «*menorización*», entre memoria y *olvido* lo que hace del *Quijote*, a los ojos de Borges, la gran obra de la literatura universal. De ahí esa idea que rodea todo el tiempo sus acercamientos a la obra cervantina –y sus acercamientos a

ese gran canon que en otro lugar llamaba el *canon del deseo*, contraponiéndolo al *canon del poder*: olvidar el *Quijote*.

Esto no es más que una reacción ante lo que el autor argentino entiende como agotamiento del texto. En un texto de 1934, «En sentencia del *Quijote*», comentando las palabras de Unamuno sobre el *Quijote*, Borges llama la atención sobre el proceso de *solidificación*, de *petrificación*, que ha sufrido el texto cervantino: «su novela [...] ha sido denigrada [...] inspiración de cuadros vivos, de suplementos domingueros en rotograbado, de obscenas ediciones de lujo, de libros que más parecen muebles que libros, de alegorías evidentes, de versos de todos tamaños, de estatuas».⁵

Desde esta lógica habría entonces que *olvidar* el *Quijote*, para que pueda volver a ser escrito, a ser leído, a ser valorado. Y es esto lo que hace Borges en «Pierre Menard...». Si *El Quijote* es «rescribible», lo es por su condición liminal. Su situación es tanto interior como exterior al canon o archivo; está marcada por una permanencia literaria –lo interior o rescatado– y por una cierta dosis de libertad y olvido –lo menor, lo exterior–. Esta última, la ausencia o lo menor, queda constatada por Pierre Menard, que informa: «El *Quijote* [...] no me parece ¿cómo lo diré? inevitable», justificando su elección como punto de partida para la creación de su *gran* obra. Es un «libro contingente», insiste Pierre Menard, relacionado con el azar y la posibilidad, no con lo establecido e inmanente, característicos de lo archivado. Es, además, un libro «innecesario», como si solo la inercia azarosa lo hubiese arrastrado a lo largo de la memoria literaria. Su condición liminal justifica en Menard su propia (re)creación: «Mi recuerdo general del *Quijote*, simplificado *por el olvido y la indiferencia*, puede muy bien equivaler a la imprecisa imagen anterior de un *libro no escrito*».⁶

Podríamos ir un poco más allá en este discurrir por las tensiones y extensiones entre memoria y olvido en Borges y releer –siguiendo a Menard y a Borges– las lecturas que este último hace de otros autores. En el epígrafe del cuento «El inmortal», que juega con la idea de lo eterno, de lo que se mantiene a salvo del tiempo y la desmemoria, encontramos la siguiente frase de Francis Bacon: «Salomón dijo: “No hay nada nuevo sobre la tierra”. De modo que, así como imaginó Platón que todo conocimiento no es sino recuerdo, Salomón sentenció que toda novedad no es sino olvido».⁷

Es esta condición límite, casi paradójica –libro olvidado para ser recordado–, la que al mismo tiempo posibilita la ambigüedad, uno de los aspectos más valorables –según el narrador y crítico–.⁸ Ella genera una tensión creativa que va de la libertad de lo olvidado a las restricciones textuales de lo archivado: «Mi solitario juego está gobernado por dos leyes polares. La primera me permite ensayar variantes de tipo formal o psicológico; la segunda me obliga a sacrificarlas al texto “original” y a razonar de un modo irrefutable esa aniquilación...».⁹

Sale a la luz aquí otro dictado de la originalidad en Borges, comúnmente descuidado: lo verdaderamente original, lo novedoso, no se mide con respecto al vasto conjunto de lo creado, sino únicamente frente a aquello que se ha archivado, dejando de lado todo lo que ha sido excluido del canon en tanto archivo literario.

La capacidad para la relectura o rescritura continua que caracteriza al texto canónico –y en el mejor de los casos, al *Quijote*– es realizable solo desde el mismo espacio en el que es posible el olvido, es decir, desde aquel que no ha sido inmovilizado por el archivo, la sacralización y la inalterabilidad que este concede a lo que conserva. Rescribir el *Quijote* –única forma de «mantenerlo vivo»– es solo posible en un horizonte donde la originalidad –como instrumento del

olvido, no de la memoria— puede establecerse. Recordemos esa repetida frase de Borges «ochenta años de olvido equivalen tal vez a la novedad».¹⁰

Pero además, ¿no se inserta esta defensa del olvido *en* su defensa de la lectura efímera, de la superación del origen, del desmembramiento del texto o de la borradura de la firma? En ese evadirse del canon, que equivale en Borges a la domiciliación de la lectura, a esa petrificación a la que aludía antes, se abren las líneas hacia un futuro literario abierto, rescribible. Lo que en principio nos dice Borges es que, en términos literarios, el archivo —el canon— destruye el mejor de los textos; es como proponía Platón hablando de la escritura y Derrida, indagando sobre la relación foné-logos, un *fármakon*: cura y veneno a la vez.

Para reducir ese veneno habría que eliminar las estatuas, los archivos, las bibliotecas como ocurre en el cuento «Utopía de un hombre cansado», de 1939 —más tarde, en 1975, aparece con el título «Utopía de un hombre que está cansado»—. En este cuento el protagonista, llevado por la letanía del agotamiento, camina por la llanura y llega al universo de «los hombres del porvenir».¹¹

Constata que han regresado al latín, y que se han eliminado los museos y las bibliotecas (que en el universo del canon equivalen a los dispositivos de selección, conservación y unificación de la memoria artística y textual). El mundo renuncia con ello al poder sobre el documento, a su posesión y fijación, a su retención y clasificación, y por lo tanto a su interpretación. Un habitante del mañana sin archivos explica: «Queremos *olvidar* el ayer, salvo para la composición de elegías. [...] Cada cual debe producir por su cuenta las ciencias y las artes que necesita», a lo que el visitante añade: «cada cual debe ser su propio Bernard Shaw, su propio Jesucristo y su propio Arquímedes».¹² En consonancia con el cuento de «Pierre Menard, autor del *Quijote*», un aspecto apunta hacia la eliminación de esa memoria en forma de archivo o prótesis de la memoria, mientras el otro apunta a la recuperación, a través de lo vivencial, de la experiencia pasada.

Téngase en cuenta que lo que se pretende erradicar no es el recuerdo —ese acto corporal de volver a pasar por el corazón, que la etimología del vocablo «recordar» evoca—. El rechazo va dirigido en realidad a la tradición hipomnémica de la memoria: una memoria fuera del cuerpo, en un soporte exterior, como piedras lanzadas al aire —como advertía Platón por boca de Ammón— «ruedan por doquier igual entre los entendidos que como entre aquellos a los que no les importan en absoluto, sin saber distinguir a quiénes conviene hablar y a quiénes no».

La memoria literaria, y particularmente la memoria del *Quijote*, debe pasar por la lectura, debe ser memoria viva y experiencia real, debe ser anamnesis.

No se trata entonces de la desaparición de la literatura, como algún crítico ha querido ver aquí, no se trata tampoco de la (des)valorización y eliminación del *Quijote*, como podría ser interpretado el título de este trabajo. Más bien se trata de un desprendimiento de la cadena cronológica y hereditaria, y de las formas de agotamiento y petrificación que dicha domiciliación en el canon —en el canon del poder— acarrea. Es a través del texto o más bien de la lectura de ese texto, una acción en esencia archivológica, que aparece el único y nómada lugar donde podría darse la originalidad, donde podría darse ese placer inenarrable que es la lectura. Y esta supone un universo que es el opuesto de aquel anquilosado y estático generado por los museos, los archivos y las historias de la literatura. El propio Borges afirma al comentar «Utopía de un hombre cansado»:

Y no hay clásicos, y no hay bibliotecas. Porque todo hombre puede producir una biblioteca, puede producir una galería, o puede elevar una estatua o construir una casa. [...] Y entonces

ya se borrarían esas molestias: las historias de la literatura, la biblioteca, los museos, colecciones. [...] La obra artística debería *perecer* con quien la ha hecho. Porque si no... ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que ahora no podemos repetir los libros antiguos. [...] ¿Para qué vivir de la Edad Media? [...] ¿Para qué vivir de obras de arte ajenas y antiguas? Que cada hombre construya su propia catedral.¹³

Y en ese momento en «que cada hombre construya su propio *Quijote*» habremos olvidado al *Quijote*, lo habremos salvado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BORGES, JORGE LUIS: *Obras completas (1923-1972)*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1974.

BORGES, JORGE LUIS: *Obras completas (1975-1985)*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1989.

BORGES, JORGE LUIS: *Textos recobrados (1931-1955)*, Emecé, Barcelona, 2001.

BORGES, JORGE LUIS y ANTONIO CARRIZO: *Borges, el memorioso: conversaciones de Jorge Luis Borges con Antonio Carrizo*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1983.

RECIBIDO: 8/3/2015

Aceptado: 15/5/2015

Adriana López Labourdette. Universidad de Berna, Suiza. Correo electrónico: allabourdette@yahoo.com

NOTAS ACLARATORIAS

1. Jorge Luis Borges: «Nota sobre el *Quijote*», *Textos recobrados (1931-1955)*, p. 252.
2. Jorge Luis Borges: «Declaración», *Obras completas (1923-1972)*, p. 103.
3. Jorge Luis Borges: «Pierre Menard, autor del *Quijote*», *ibídem*, p. 450.
4. *Ibídem*, p. 446.
5. Jorge Luis Borges: «En sentencia del *Quijote*», *Textos recobrados (1931-1955)*, p. 65. En una entrevista con Antonio Carrizo, Borges generaliza esta idea: «un gran poeta, ya parece una estatua. Un aniversario».

6. Jorge Luis Borges: «Pierre Menard...», p. 448.
7. Jorge Luis Borges: «El inmortal», ibídem, p. 537.
8. El narrador comenta, además, que «la ambigüedad es una riqueza» (Jorge Luis Borges: «Pierre Menard...», p. 453).
9. Ibídem, p. 452.
10. Jorge Luis Borges: «La creación y P. H. Gosse», ibídem, p. 650.
11. Jorge Luis Borges: «Utopía de un hombre que está cansado», *Obras completas (1975-1985)*, p. 53.
12. Ibídem, p. 55.
13. Borges/Carrizo, p. 125.